EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 12188

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península —Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero —Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 16 DE ABRIL DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Se necesita UNA ESCUADRA

La opinión está hecha. A raiz de las guerras coloniales, cuando nuestros pobres barcos se hundian á la vista de Cavite ó de Santiago de Cuba, sin poder evidenciar su fortaleza, abominó de la marina; mas vuelta á la reflexion y al sosiego, apreciando las razones expuestas por los marinos en las Cortes y asambleas especiales celebradas durante los últimos cuatro años, ha rectificado su juicio, llegando á esta conclusión: Se necesita una escuadra para defender las costas.

Ahí hablamos de llegar y parece que hemos llegado.

¿Qué hace falta? Dinero para adquirirla; un puñado de millones de pesetas que ya dirán los ministros de donde deben salir. Lo demas quedará á cargo del ministro de Marina y de las juntas que le aconsejan. La de escuadra, nombrada recientemente, informará sobre las unidades de combate; las otras aconsejarán los tipos, propondrán sobre los mismos las reformas necesarias y aprobada que sea esta obra preliminar, se encargaran las construcciones á los talleres del Estado ó á los astilleros de fuera, con ó sin participacion de la industria nacional.

Y ahí comienza á flotear la opinión. Se necesita una escuadra; su construccion es urgente; pero el país vuelve la vista y al ver como fracasaron los anteriores intentos se siente desconfiada.

El fenomeno es natural. Hace tres ó cuatro lustros, en un momento de ardiente patriotismo, se proyectó lo que ahora se proyecta. Nombróse una comisión parlamentaria de la que fueron vocales personas de prestigio indiscutible. Si mal no recordamos la presidia un gran patriota: Cánovas del Castillo.

Se hizo el proyecto; se volaron fondos; se pusieron quillas, tantas á los arsenales del Estado, tantas en la industria particular; y cuando hubo que emplear los buques en el objeto que aconsejó su construccion, en la defensa de la patria, vino el día aciago de Santiago de Cuba y trocó en humo los centenares de millones empleados en tan extraordinaria labor.

—¿Pasará ahora lo mismo?—pregunta la opinión desconfiada.

Y es natural que lo pregunte, porque la experiencia tiene demostrado que nosotros no solo no escarmentamos en cabeza agena sinó ni en la propia.

Se necesita escuadra y urje construirla. Convenido; mas si ha de ser nula su eficacia; si no hemos de tener acorazados que oponer á las acometidas de los que, mal aconsejados ó poseedores ambiciosos estímulos, pretendan privarnos de lo nuestro, más vale no tener ninguna.

Pero si hemos de tener barcos potentes; si las máquinas de guerra proyectadas han de servir de dique alejando peligros que hoy se tienen por ciertos, entónces venga cuanto antes, para salir pronto de este estado de desasosiego en que vivimos.

La nación ha reaccionado y quiere una marina de verdad; no buques que al primer tiro que reciban se coronen de llamas, como sucedió con los pobres cruceros echados á pique en Santiago de Cuba

DESPEDIDA

El domingo pasado terminó el novenario, durante el cual, el sabio fray Melchor de Benlla, venía dirigiendo desde la cátedra sagrada su autorizada palabra al público de Cartagena, y al pronunciar su última oración, al despedirse de ese público que con religiosa unción le había escuchado, que lo había seguido en su excursión por el vasto campo de la ciencia, hizo una síntesis de todos sus discursos que nos dejó admirados.

Fácil es exponer una teoría y desarrollarla, aunque esta labor esté reservada tan solo á inteligencias privilegiadas, pero, después de disertar largo tiempo, después de haber expuesto tantas y tan diversas ideas, después de acumular como pruebas, citas y autores diversos, resumir en pocas palabras, en cortísimos períodos todo cuanto se ha dicho y expuesto en un lapso de tiempo más ó menos largo, es una operación de las más difíciles del pensamiento humano, porque es como la condensación de todo el pensamiento en una sola palabra ó en una sola frase.

Y si lo que dejamos expuesto es difícil para una sola disertación, conceptúen nuestros lectores el mérito singularísimo, el esfuerzo de reflexión y de concentración del espíritu, que habrá tenido que hacer el padre Melchor para resumir en una sola oración la síntesis de todos los pensamientos sin olvidar detalle alguno y sin dejar de nombrar uno por uno, todos los raciocinios que había hecho aparecer ante nuestra razón y sin olvidar ninguno de los ejemplos que había presentado ante nuestra vista.

Al despedirse del público, en cortas frases, dió á comprender el sentimiento de que estaba poseido y que embargaba su ánimo; sus palabras fueron pocas pero llenas de gratitud para un público que le había escuchado con profunda atención, y con interés tan vivo, que día por día había ido aumentando el número de sus oyentes, señal evidente del placer conque se escuchaba á maestro tan sabio, á pensador tan profundo, á orador tan elocuente y de tan fácil palabra que ésta resbalaba de sus labios, con la misma suavidad que el bálsamo resbala cuando se vierte del ánfora que la contiene.

Y es que el talento, la sabiduría atrae, arrastra al oyente, le hace sentir, le hace pensar como siente y piensa el orador; tal es el poder de la oratoria que consiste en persuadir y en llevar al ánimo del oyente, el deseo de ejecutar y seguir lo que el orador se propone.

El público ha visto en él representada magestuosamente la grandeza de la humildad; en él ha visto no solo al virtuoso sacerdote, sino al sabio profundo, al hombre que ha consagrado su vida á profundizar esos misterios de la ciencia, en los cuales tropiezan las más elevadas inteligencias, si estas no reconocen, no acatan el principio inmanente del Ser Supremo, el conocimiento de Dios, como principio, como fin de todas las cosas, como ordenador y como autor, de cuyo ser infinito se deriva en la humanidad el orden, la justicia y el bien.

Eso consiste en que en estos tiempos de lucha, de controversia, de discusión, solo los hombres profundos, los que conocen perfectamente la ciencia que se hermana con la razón, son los que triunfan, los que vencen.

El padre Melchor no es un fanático, es un creyente acérrimo; en su alma nació el sentimiento religioso, y se fortificó por el estudio, por la ciencia, por su razón á la que unió su primitiva fé. Y esta unión ha ido creciendo con el tiempo y de su conocimiento perfecto nace ese lenguaje dulce, apacible, persuasivo, alejado del arrebato, meciéndose eternamente en los hermosos espacios de la ciencia, para llevar el convencimiento al corazón de sus oyentes.

Su último párrafo, fué una defensa de los principios católicos y un llamamiento al pueblo para que no crea jamás que la Iglesia se opone á ninguno de los progresos humanos, ni á la libertad, ni al modo y forma de gobernarse los pueblos, puesto que estas son funciones independientes de la idea religiosa que, como la misma palabra lo indica, no es otra cosa que la unión del hombre con Dios, de ligar nuestra existencia con la del Ser Supremo.

La forma de gobierno le es indiferente á la Iglesia, los pueblos que van recibiendo instrucción sólida y sana, que no están en la infancia de su creación, tienen derecho de ser más libres cada día y cada momento, la idea gubernamental que se refiere á las relaciones sociales, á los derechos y deberes, así como á la obligaciones de los ciudadanos, es completamente independiente de la idea religiosa, esto es, de la relación que el hombre ha de establecer con Dios.

Hacer creer, que las relaciones políticas que no son otra cosa que formas de la organización de los pueblos, son más propias de los que profesan ciertas ideas religiosas, y que otras ideas políticas son opuestas por el contrario á toda idea religiosa, es una falsa creencia que lleva á los pueblos á la guerra, al odio, al exterminio, y que ha hecho inotar la terrible creencia que el peor enemigo del hombre es el hombre mismo.

La idea religiosa es innata en el hombre que piense por un momento que nada puede hacerse por sí mismo. Hay siempre una causa eficiente, esta es el principio de la casualidad.

La idea política es la que de modos diferentes desarrolla la idea del derecho, pero idea es completamente extraña á la idea de Dios, y estas son completamente diferentes ambas, pueden matizar, sin traspasarse, sin que se encuentren en oposición y choques.

La una, la del derecho lleva al hombre al cumplimiento del deber, puesto que sin éste, el derecho no tendría razón de ser; la idea del derecho supone la idea de la justicia y de la regla, que es la vida social; como organismo de los pueblos y de las naciones; por eso dentro de la regla del derecho estudiamos derecho público ó sea de relaciones de los ciudadanos los unos con los otros, derecho privado; derecho internacional de unos pueblos con otros; derecho administrativo que señala las relaciones entre los distintos órganos que tienen por función la administración de los intereses generales de los ciudadanos; derecho político, y en fin, todos estos son necesarios á la vida de los pueblos, el uno unos á los otros.

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.

—¿Dónde?

—En Sohmad.

—Entonces pensábamos de otro modo; pero me parece haberos hablado.

—De Jurand sí, pero no de Jaghenka.

—No me habré explicado bien; ahora está aquí la señorita, que podrá ser útil á Matzko.

—¿Cómo?

—Hablándole á la princesa, á la que respetan los cruzados. En estos últimos tiempos un hermano del rey, el príncipe Skirgello se sustrajo á su imperio y se refugió al lado de los cruzados, que querían darle el trono de Vitoldo. El rey ama á la princesa y oye sus consejos; y por lo mismo los cruzados le han pedido que influya en el ánimo del rey para que éste se ponga de parte de Skirgello; comprenden que sin Vitoldo estarán mejor.

—Si Jaghenka se interésa por Matzko pedirá su libertad,—dijo Zbishko.

—Señor, decidle lo que debe hacer.

—Iré con De-Lorah al castillo; pero antes cambiaré de vestidos y me arreglaré los cabellos que pensaba cortarme.

—Es mejor que no lo hayáis hecho.

Glava llamó á los criados y en tanto que los dos caballeros se vestían les habló de lo que ocurría en la corte del rey y del príncipe.

—Los cruzados,—les decía,—procuran hacer daño á Vitoldo y han concitado contra él al príncipe y á la princesa de estos países; aun el ilustre Janush parece enojado con Vitoldo por lo de Vilna.

—¿Irán ellos también?

—Sí, porque han de presentar al Maestre muchas quejas.

—¿Y el rey no está indignado con la orden?

—Sí, hace tiempo, y prefiere Vitoldo á Skirgello que es un dilapidador, y por eso los caballeros dicen que el rey no negará su concurso á Vitoldo y hará que le ayuden los cruzados.

—Y Zavisia?

—No está aquí; pero se nota la presencia de otros caballeros. ¡Ay de los alemanes!

Zbishko y De-Lorah se dirigieron al castillo; el podestá Andrés de Jasinietz ofrecía á los caballeros un banquete al aire libre. El patio del castillo rebosaba de gente. Zbishko reconoció á Povala de Tacev, que se acercó al joven.

—¿Cómo estás? Veo que llevas el cinturón y las espuelas de caballero.

—Salud, noble señor,—respondió el joven. Celebro verle sano y salvo.

—¿Dónde está tu padre?

—Mi tío queréis decir; prisionero de los cruzados y voy á rescatarlo.

Zbishko miraba aquello con curiosidad; de improviso exclamó.

—¡Es ella, es Jaghenka!

La doncella le sonrió con agrado y luego bajó los ojos; una venda de oro sujetaba sus cabellos negros; aparecía esbelta, graciosa y bella como la hija de un rey.